

Literatura y poder en Colombia: ¿marginación genérica o política?

Luisa Ballesteros Rosas
Université de Cergy-Pontoise
luisa.ballesteros@free.fr

Citation recommandée : Ballesteros Rosas, Luisa. "Literatura y poder en Colombia: ¿marginación genérica o política?". *Les Ateliers du SAL* 12 (2018) : 93-108.

Al tratar de literatura y poder no podemos ignorar las afirmaciones de Michel Foucault cuando dice que "En cada sociedad la producción del discurso está controlada, seleccionada, organizada y redistribuida por los que tienen el poder político y social" (*L'ordre du discours* 10-11. Trad. propia). Pero en Colombia, las relaciones entre literatura y poder fueron conflictivas en la época colonial y en periodo de lucha por la Independencia, alcanzando una fusión armoniosa en el siglo XIX, y un distanciamiento a partir del siglo XX debido a los conflictos políticos y sociales.

La poesía en la tradición colombiana

La poesía es el género más arraigado en la tradición colombiana desde que el poeta Juan de Castellanos (1522-1607) hizo en el siglo XVI la primera descripción del territorio del Nuevo Reino de Granada en su gran poema *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. La producción poética sigue su curso en el periodo colonial, alcanzando después de la Independencia una fusión admirable con el poder cuando las élites cultas se ocupaban también de la política. De hecho, la lectura que hace Paul Ricoeur de "Poética" según Aristóteles, entendida como disciplina que trata de las leyes de la composición del discurso que da lugar a un relato¹, es aplicable en Colombia. En efecto, los poetas próceres, gramáticos, filólogos y juristas llevaron a cabo la Independencia, perfilaron las instituciones y la educación, y fundaron el Estado Nación, ganándole al país, en el siglo XIX, el nombre prestigioso de Atenas de América Latina.

Ese pacto entre poder y literatura se rompe con la Constitución de 1886 y las dos guerras civiles que la siguieron: la de los Mil días (1899-1902) y la de la Violencia (1948-1953). Pero, el poder político colombiano, que a partir de entonces ya no está en manos de las élites cultas, se sigue otorgando el derecho, cada vez menos merecido, de reconocer oficialmente el valor de los escritores, más por sus vínculos con la política de turno, en función del sexo de los autores o del género literario, que por la calidad de su escritura. En efecto, los funcionarios inquisidores ignoran el papel de la poesía y de las mujeres en la sociedad colombiana, y tampoco reconocen la suerte de tener un territorio tan bello, rico y saludable, al que el cronista Juan de Castellanos no ahorraba elogios en *Elegías de varones ilustres de Indias*:

*Tierra de oro, tierra abastecida
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,*

¹ Ricoeur, Paul, "Narratividad, fenomenología y hermenéutica", *Análisis* 25, 2000, pp. 189-207.

*Tierra de bendición clara y serena,
Tierra que ha dado fin a nuestra pena" (Castellanos, 309)*

Pues, esa tierra tan fecunda y amable que daba fin a la pena de los conquistadores venidos desde Santa Marta en busca de comida y tesoros, sufre hoy paradójicamente del desprecio y el saqueo vergonzoso de sus propios hijos instalados en el poder, que no parecen haber heredando de los conquistadores sino la sed del oro, el provecho económico y los instintos criminales. No dudan en extraerle hasta el último gramo de sus recursos mineros, para repartirse las ganancias con compañías extranjeras, en detrimento de la naturaleza, perturbando la fecundidad de sus frutos, el curso de sus ríos y contaminando hasta el agua, sin importarles el daño que causan al ecosistema y a la humanidad.

Si la ignorancia voluntaria de las escritoras por parte de los funcionarios inquisidores se puede poner en la cuenta de la tradición patriarcal tan arraigada en la cultura colombiana, la historia de la literatura no puede pasar por alto su papel, desde que la madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara (1671-1742) destacó en la época colonial con una obra de estilo innovador², desplegando en *Mi vida y Afectos espirituales*, más allá del fervor religioso propio de su profesión, una riqueza temática, confesional mística y filosófica³. Con *El cuaderno de Enciso*, la Madre Castillo se sitúa entre el barroco y el neoclásico con una escritura de carácter simbólico y naturalista, digna de los mejores elogios. José María Vergara y Vergara afirma que "la Madre Castillo es el escritor más notable que poseemos" (199), Antonio Gómez Restrepo afirma que "La Venerable Madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara es el único escritor que el Nuevo Reino de Granada produjo durante el largo periodo colonial, con méritos bastantes para que su nombre deba figurar con honor, no solo en las historias de literatura particular del país sino en el cuadro general de las Letras castellanas." ("Una gran escritora en la colonia" 347). Y Darío Achury Valenzuela considera que la Madre Castillo "...fue, quién lo diría, una precursora del método de trabajo Proustiano." (20)

Entre los ilustrados granadinos, que eran todos poetas, el precursor de la Independencia Antonio Nariño (1765-1823) traduce la *Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano* (1793) y destaca con *Diálogos* (1811), una obra dramática neoclásica en un género muy utilizado a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en la que expresa sus inquietudes políticas y

² Cfr. Morales Borrero, María Teresa, *La Madre Castillo su espiritualidad y su estilo*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo XXV, 1968.

³ Cfr. Ballesteros Rosas, Luisa, *La escritora en la sociedad latinoamericana*, Cali, Programa Editorial de la Universidad del Valle, 1997 (*La femme écrivain dans la société latino-américaine*. Paris, Editions l'Harmattan, 1994).

una reflexión profunda sobre la vida en la ciudad que se perfila en gran urbe de modernidad social y política. En sus *Diálogos*, se inspira de la ilustración francesa. Además, influenciado por el espíritu de Jean Jacques Rousseau, Nariño critica en uno de los diálogos a las instituciones coloniales y en particular a la institución eclesiástica.

Otro poeta destacado de la ilustración neogranadina es el primer presidente, abogado, médico y dramaturgo José Fernández Madrid (1789-1830) quien se encontraba en su Cartagena natal cuando se produjo el grito de la Independencia, e inmediatamente se solidarizó con la causa revolucionaria. Llegó a ser representante de su provincia en el Congreso de la Unión que tuvo lugar en Villa de Leiva en 1812 y tuvo que huir del terror de la reconquista española llevada a cabo por el general Morillo. Fue encarcelado en Chaparral y desterrado a Cuba de donde regresó en 1825. Designado en 1826 Agente Confidencial de la República de Colombia en Francia, se desempeñó admirablemente y, recomendado por Bolívar, fue nombrado en 1827 Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Londres, donde tuvo como secretario a Andrés Bello.

En Bogotá, Fernández Madrid formó parte de la *Tertulia del Buen Gusto* que reunía a lo más refinado de las letras y la ilustración, con doña Manuela Santamaría de Manrique, madre del ilustrado José Ángel Manrique; el científico Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Eloy Valenzuela, Francisco Antonio Zea, José Manuel Restrepo y Joaquín Camacho. Publicó *Elegías Nacionales Peruanas* y reunió sus poemas en *Poesías*, incluyendo también sus dramas *Guatimoc* (1822) y *Atala y su Canto a Bolívar*.

Entre las personalidades ilustres de este periodo figura la escritora y poetisa Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861), descendiente de una familia criolla ilustre. La vida de la poetisa transcurre durante el movimiento por la Independencia, siendo su padre José Acevedo Gómez, Procurador general y Regidor perpetuo del Cabildo de Santa Fe en 1808 y líder revolucionario reconocido. Su familia sufre del terror de la reconquista de Fernando VII y de la posterior rivalidad entre Simón Bolívar y el general Francisco de Paula Santander. Diego Fernando Gómez, el marido de Josefa Acevedo, se ve implicado, con Luis Vargas Tejada, Francisco Arganil, y Vicente Azuero, en la conspiración septembrina contra Bolívar.

Intelectualmente, Josefa Acevedo goza del apoyo de su esposo, diputado al Congreso de las Provincias Unidas en 1816, gobernador del Socorro en 1819, senador en 1824 y magistrado de la Corte Suprema de Justicia en 1827. Pero, a causa del destierro y encarcelamiento de Fernando Gómez, la pareja se separa en 1835 y Josefa Acevedo ejerce como profesora en los años 1840 en Guaduas, viaja a Inglaterra en 1845 y publica, en

Bogotá, *Ensayo sobre los deberes de los casados escrito para los ciudadanos de la Nueva Granada* (1844) y *Tratado sobre economía doméstica para el uso de las madres de familia i de las amas de casa* (1848). De carácter pedagógico, sus obras tienen buena acogida pues corresponden con la primera educación republicana que, por falta de recursos⁴, debe llevarse a cabo en el hogar. Publica también su poesía reunida en el libro *Poesías de una Granadina* (1854) y *Cuadros de la vida privada de algunos granadinos copiados al natural para instrucción y divertimento de los curiosos* (1861) que agrupados en ocho cuadros contiene, según José María Vergara y Vergara en el prólogo, lo mejor de su obra en prosa. Sus artículos de prensa, publicados bajo seudónimo, obtuvieron buena crítica, si nos atenemos a lo que ella misma dice en su *Autobiografía* (1861): "...He trabajado algunos artículos de periódicos que no enumero, pero, juzgados obra de otros escritores, han sido aplaudidos por hombres de mérito, causándome eso tal placer, que casi he dejado el incognito para recoger mis laureles" (335-336).

Josefa Acevedo de Gómez mantiene correspondencia con personalidades políticas de su época, como los presidentes José Hilario López, Tomás Cipriano de Mosquera; José de Obaldía, Anselmo Pineda y Rufino Cuervo, y es apreciada en el mundo intelectual, contando entre sus amistades al poeta Luis Vargas Tejada (1802-1829) allegado y secretario privado del general Santander, quien redactó sus *Actas* antes de convertirse en Secretario del Senado. Fue elegido Diputado por Bogotá a la Convención de Ocaña en 1828 (Ojeda, 48), y entre sus obras destacan los dramas *La Madre de Pausanías* y *Doraminta*, en las que critica al régimen colonial.

Josefa Acevedo comparte los postulados de la Revolución francesa y de la Ilustración, pero tiene discrepancias con el liberalismo como partido político, consolidado en 1848.

Quien representa mejor su anhelo de libertad es José Eusebio Caro (1817-1853)⁵ con su *Canto del último Inca*, y sobre todo con su poema *Lara*, de arraigo histórico. Bajo la influencia de Auguste Comte, en *La Ciencia social*, Caro ambicionaba fundar una síntesis de todos los conocimientos.⁶ El más joven de los poetas de ese periodo, José Joaquín Ortiz Rojas (1814-1892), escribió, con apenas 18 años, *Sulma*, tragedia indígena en verso, en la que deja

⁴ Cfr. Ojeda, Ana Cecilia, *De la poética de la Independencia y del origen de los sentimientos patrios*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, Colección Bicentenario, 2010.

⁵ Ideólogo y fundador del partido conservador. Padre del humanista y presidente de Colombia Miguel Antonio Caro (1892).

⁶ Cfr. Vinciguerra, M.J., "Relaciones culturales entre Francia y Colombia", *Boletín cultural y bibliográfico*, Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, X, 2 (1967): 283-289.

plasmada la ideología argumentada y defendida de su época de acuerdo con la "conciencia criolla" que toma distancias con la producción española peninsular. Se desempeñó también como pedagogo y periodista destacado llegando a dirigir los periódicos *La Estrella Nacional, El Cóndor, El Día, El Conservador, El Porvenir, El Catolicismo, La Caridad y El Correo de las Aldeas*.

Como miembro activo del partido Conservador, Ortiz participó en el movimiento político *Regeneración*, atravesando la escena política nacional como correspondiente de la Real Academia Española y fundador de la primera Academia Hispanoamericana en 1870. Trabajó eficazmente con Rufino José Cuervo, Rafael Pombo, Miguel Antonio Caro y José Caicedo Rojas en los comienzos de la Academia Colombiana, restableciendo las relaciones con España, y en la conservación de la pureza de la lengua (Ojeda, 52).

Es bajo el lema "Regeneración o Catástrofe" que el humanista, filólogo, poeta romántico tardío y presidente de Colombia⁷, Rafael Núñez (1825-1894), autor de *Versos* (1885) y *Poesías* (1889), compone la letra del himno nacional y redacta, con el también presidente de la República (1894) Miguel Antonio Caro (1843-1909), la Constitución de 1886 que funda la República de Colombia. Con visos monárquicos de presidencia centralista, esta constitución pretende ser un instrumento de unidad nacional, de ideología incuestionable. Rotundamente opuesto al movimiento ideológico francés, Caro exalta en ella lo clásico con el estudio del latín y el griego, los valores religiosos del catolicismo y la herencia española. Pero Núñez reconoce la importancia de las ideas francesas de esta constitución, en particular lo que resume el título 3 de *Los derechos del hombre* que Nariño había traducido y difundido entre los colombianos, y que la reforma de 1936 especificará más concretamente, inspirada por el tradicionalista positivista francés Duguit (Ojeda, 287). La reforma de 1937 del Derecho Civil colombiano, ya marcado por el código chileno que Andrés Bello había calcado del código de Napoleón, recibió aún más la influencia del derecho francés al ser confiada a una comisión presidida por Julliot de la Morandière (Ojeda, 287).

Los poetas románticos fueron estigmatizados pese a su preocupación por el progreso, el cuidado del lenguaje y la gramática. Sin embargo, la poesía romántica de Rafael Pombo (1833-1912) correspondía con la ideología del humanismo de Caro y por lo tanto sus textos infantiles han estado a la base de la educación nacional. *El renacuajo paseador, La pobre viejecita, La hora de las tinieblas* y *El Niágara* pregonan de alguna manera los

⁷ Rafael Núñez fue Presidente de los Estados Unidos de Colombia (1880-1882 y 1884-1886), Presidente de la República de Colombia (1887-1892 y 1892-1894) y autor de la letra del himno nacional.

principios morales de la República. Fue traductor de los clásicos Virgilio y Horacio, "El poeta moribundo" de Alphonse Lamartine, y *Hamlet* de Shakespeare. Mientras que el poeta y escritor José Manuel Marroquín (1827-1908) también presidente de Colombia (1900-1904) expresa su sátira en "La perrilla" y la novela costumbrista *El Moro*. Su mandato presidencial fue trágico. Tuvo que afrontar los combates de las guerrillas en la Costa Atlántica y Panamá, que recibieron apoyo de tropas extranjeras de Nicaragua, Ecuador y Venezuela, y de la influencia de Estados Unidos. Gran parte de la guerra de los Mil días y la separación de Panamá (1903) tuvieron lugar durante su gobierno.

De este periodo es también la poetisa y primera mujer catedrática universitaria Agripina Montes del Valle (1844-1915) miembro del grupo *El Oasis* de Medellín. Es considerada, según Rafael Pombo⁸, la más ilustre de las poetisas colombianas de su tiempo. Pero es también la más desconocida, a pesar de haber sido condecorada en Colombia por su poema "Al trabajo", y premiada en Santiago de Chile en 1872 por su poema "A la América del Sur" incluidos en su poemario *Poesías* (1883) prologado por Rafael Pombo. Agripina Montes del Valle fundó varias escuelas y colegios, además de colaborar con las revistas y periódicos más importantes de su época.

Educada en París, la escritora Soledad Acosta de Samper (1833-1903) pertenece también a la élite culta y política de este periodo y participa en la evolución de las tradiciones y la educación. Su padre el General Acosta fue amigo del Marqués de Lafayette. Ella escribió con éxito en todos los géneros literarios, fundó varias revistas, como *La Mujer* y *El domingo de la familia cristiana*, y colaboró con otras. Casada con el escritor José María Samper, Soledad Acosta funda con él la *Revista Americana*. Hija de una norteamericana de Jamaica, Soledad Acosta tradujo a escritores ingleses, norteamericanos y franceses. La publicación en 1878 en Bogotá de su traducción de *Le travail des femmes au XIXe siècle* (1873) del francés Paul Leroy-Beaulieu y *A woman's thoughts about women* (1858) de la inglesa Dinah María Mulock Craik, le permitió difundir en Colombia sus ideas sobre la formación, el trabajo y la emancipación de la mujer, reforzadas con las de Madame de Staël, George Sand y Flora Tristan.

En su obra *La mujer en la sociedad moderna* (1895) que recoge la acción de mujeres ilustres de todas las profesiones, desde la antigüedad, dedica un capítulo a las francesas Madame Elisabeth, hermana de Luis XVI, víctima de la Revolución francesa, y la Marquesa de Lescure, como ejemplos de dignidad y valentía (Ballesteros, *Historia de Iberoamérica* 214). Esta obra es, con Los

⁸ Cfr. Antonio Gómez Restrepo. "Breve reseña de la literatura colombiana". *La literatura colombiana*. Bogotá: Bolívar, 1952.

piratas de Cartagena (1885), una de las más importantes, además de sus numerosas novelas sobre la historia de Colombia, y una *Biografía de Antonio Nariño* (1905). De hecho, además de representar a Colombia en el congreso de Americanistas y en la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América, en 1892, Soledad Acosta integró la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid, de la Academia Nacional de la Historia de Caracas, de la Sociedad Nacional de Historia de Bogotá, y solo póstumamente entró a ser miembro de la Academia Colombiana de la Historia, y apenas desde hace poco tiempo se empezó a reconocer y a estudiar su obra⁹.

Personaje romántico por excelencia es el poeta José Asunción Silva (1865-1896) quien hace la transición entre el romanticismo y el modernismo. Conmueve al mundo hispánico con su famoso *Nocturno* en el que une a la música de las palabras y al espíritu divino de la poesía, amor, melancolía, sueño, magia y sensualidad. Pero, por su obra modernista, su destino trágico y su muerte a los 31 años, dejó huellas profundas. Menos conocida fue su novela *De sobremesa*, calcada de *A rebours* (1884) de Joris-Karl Huysmans, en la que da una muestra de su figura de dandi envidiado y admirado por sus contemporáneos; de su humanidad y sensibilidad en un mundo que nunca comprendió el valor de su creación y su pensamiento. Aunque, según Héctor Rojas Herazo: "A Silva no lo mató la incomprensión de un ambiente aldeano. A Silva lo mató su nostalgia en una decadencia para la cual no estaba preparado" (Rojas, 45).

Del modernismo, el poeta y dos veces candidato a la presidencia de la República Guillermo Valencia (1873-1943)¹⁰ es, junto con Darío a quien conoció en París, un notable simbolista y parnasiano de la lengua española. En *Ritos* (1899) da principalmente una muestra de la rica imaginería personal de sus versos y su personalidad política, que le adquieren una fama perdurable. Melancolía, misterio y nostalgia son las características principales de sus poemas. En "Hay un instante..." dice:

...
Mi ser florece en esa hora
De misterioso florecer;
Llevo un crepúsculo en el alma,
De ensoñadora placidez;
... (115)

En 1924 publicó una colección de poemas chinos bajo el título

⁹ La primera a empezar a estudiar su obra fue Monserrat Ordoñez. *Soledad Acosta de Samper. Una nueva lectura, Antología*. Bogotá: Fondo de Cultura Cafetero, 1988.11-24.

¹⁰ Padre de Guillermo León Valencia Muñoz (1909-1971), presidente de Colombia entre 1962 y 1966.

Catay, traducidos de la versión francesa de *La Flûte de jade* (1879) de Franz Toussaint.

Poetas en transgresión

A partir de las primeras décadas del siglo XX, la escritura se democratiza y nace también un distanciamiento entre los escritores y el poder político. Ese impulso vanguardista y anhelo de libertad, independencia, originalidad y buena dosis de simbolismo experimental habita al grupo de *los Nuevos*, sin perder de vista la tradición que caracteriza a sus integrantes. Los poetas Luis Carlos López (1898-1971) y Porfirio Barba Jacob (1883-1942) introducen cierta transgresión en las letras colombianas, y las poetisas Fanny Osorio (1926-1988) con su poesía melancólica, Amira de la Rosa exaltando a su ciudad natal de Barranquilla, y Laura Victoria –pseudónimo de Gertrudis Peñuela– (1904-2004) con su lírica innovadora y sensual de *Cuando florece el llanto*, hacen irrupción con su libertad temática, como lo hicieron sus contemporáneas Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni y Gabriela Mistral. Barba Jacob con su largo poema "Canción de la vida profunda" dedicado a Montaigne, León de Greiff (1895-1976) con sus *Variaciones alrededor de nada*, y Luis Viales (1904-1990) con su poemario *Suenan timbres* (1926) dan un vuelco a la poesía colombiana contrariando las tradiciones y dándole cierta ligereza.

La producción poética reunida en una colección publicada en 1935, toma el nombre de *Piedra y cielo* (1930-1950), sacado del poema del mismo nombre de Juan Ramón Jiménez. Aunque impregnados de la poesía de la Generación del 27 española (Diego, Lorca, Guillén, Jiménez, Machado), la originalidad, juventud, gracia y osadía del grupo no se cuestionan. Arturo Camacho Ramírez (1910-1982) con *Espejo de naufragios* y Aurelio Arturo (1906-1974) con "Demora del Sur" (1963) van más allá de sus contemporáneos y se posicionan como referencias importantes para los poetas jóvenes. Uno de los poetas más admirados e imitados del grupo es Eduardo Carranza (1913-1985) quien destaca por su cultura y su purismo, al introducir con maestría la depuración y belleza del lenguaje y la oralidad. Él vuelve a cierto idealismo con obsesiones como la mujer, la ausencia, el hombre destrozado por los estragos del tiempo y la muerte.

Con cierto existencialismo aparece la revista *Mito*, creada en 1955 por Jorge Gaitán Durán, en la que los poetas colombianos expresan su inconformismo con el mundo en que viven. Entre ellos destaca Eduardo Cote Lamus (1928-1964) y surge la poesía de Álvaro Mutis (1923-2013) con *Los elementos del desastre* publicado en 1953, seguido de *Memoria de los hospitales de ultramar*, saludado enseguida por Octavio Paz. Luego publica *Los*

trabajos perdidos, *La suma de Magroll el Gaviero* y *Siete nocturnos y un homenaje*, que recuerda a Silva. Sus poemas desbordan de imaginación. Evocan obsesivamente la descomposición vegetal y la humedad existencial. El último número de *Mito* (1962) es dedicado al *Nadaísmo*, un movimiento sobre la nada, como una forma de revolución contra el orden espiritual establecido en Colombia, que se va a desarrollar en Medellín, en 1958, creado por Gonzalo Arango (1931-1976) quien declara que "el mito que se nutre solamente de sí, termina por devorarse".

De una rica imaginación que despierta el entusiasmo en los lectores, la poesía de Jaime Jaramillo Escobar (1932) y Jotamario Arbeláez (1940) es irreverente y burlona. Eduardo Escobar (1943) practica cierto automatismo, mientras que la sensualidad directa y desnuda de Dora Castellanos (1924) envuelve sus poemas de un aura sutil. El amor es un tema constante que se vuelve nostalgia y ensoñación en su canto¹¹. Atentas a los conflictos del hombre moderno y la sociedad, las poetisas Meira Delmar (1922-2009) y Oiga E. Mattei (1933) presentan, con cierta profundidad, crítica y decisión, un fresco renacer con el dominio de temas universales.

La ciudad entre esperanza y caos

La ciudad atrae a la población campesina en busca de progreso, o huyendo de la violencia. Irrumpen también escritores de provincia, como Tomás Carrasquilla, José Eustasio Rivera o Eduardo García Calderón, con un lenguaje coloquial regional, con el que se acomoda difícilmente la rigurosa Academia Colombiana de la Lengua. Gabriel García Márquez introduce el lenguaje del Caribe y abre al mismo tiempo a Colombia la puerta de lo universal con *Cien años de soledad*, formando parte del "boom" de la literatura latinoamericana.

El tema de la ciudad y su realidad triste es un tema "nadaísta" pregonado por Rogelio Echeverría (1926) premio Nacional de poesía en 2002, y Juan Gustavo Cobo Borda (1948), que encuentra un espacio importante también en la poesía de María Mercedes Carranza (1945-2003)¹² reunida en 1972 en su poemario *Vainas*, alejándose del simbolismo finisecular. Este libro, según Isaías Peña, "convergía en la corriente minoritaria –y mejor

¹¹ Cfr. Castellanos, Dora. "Prólogo", Andrés Holguín. *Eterna huella*. Medellín, 1968, 6-8.

¹² Mercedes Carranza fundó la Casa de la Poesía en Bogotá, en 1986, en la misma casa donde el poeta romántico y modernista José Asunción Silva vivió y se dio también la muerte en 1896. Situada en el nº 13 de la calle 4, en el barrio de La Candelaria, del casco viejo de la capital colombiana, esta casa, para los supersticiosos, pudiese llevar ya una connotación nefasta. Pero no es en la misma que Mercedes Carranza se dio también la muerte.

calificada- de la poesía colombiana: la de la irreverencia sin poses, el humor con costos, y la comunicación con el mundo exterior" (70). Producto de su eterno inconformismo, María Mercedes Carranza oscila entre nueva poesía y anti-poesía, e introduce en poemas atormentados e irónicos de rebeldía, crítica y tristeza su mensaje desesperado:

La ciudad que amo se parece demasiado a mi vida;
nos unen el cansancio y el tedio de la convivencia
pero también la costumbre irremplazable y el viento. (45)

Se rebela contra las palabras, contra su mala utilización, las califica de putas, malsanas, violadas o acalladas por la voz de las armas. Pero, como Luis Vidales, Carranza exalta también el deseo, hasta adoptar una sensualidad del lenguaje, como en el "Poema del desamor" (*Tengo miedo*):

Ahora en la hora del desamor
Y sin la rosada levedad que da el deseo
Flotan sus pasos y sus gestos. (51)

Alrededor de la revista *Golpe de dados* (1983), nombre inspirado del poema *Un Coup de dés* (1897) de Mallarmé, la nueva poesía de José Manuel Arango (1937-2000), Giovani Quessep (1939), María Mercedes Carranza (1945-2003), Darío Jaramillo Agudelo (1947) y Juan Gustavo Cobo Borda, se lanza en una guerra de las palabras contra las palabras, y mira el mundo con una visión desencantada.

Juan Manuel Roca (1946) adhiere erotismo, ironía y crítica social, con su poesía marcada por los surrealistas franceses y una buena dosis de utopía, que se encuentra también en los poemas de Renata Durán (1950) y William Ospina (1954), persistiendo en una búsqueda de lo esencial, de las raíces elementales, yendo hasta las culturas precolombinas para encontrar pistas sólidas, tras las cuales camina también Luisa Ballesteros Rosas (1954) con su poemario *Diamante de la noche* (París, 2003) en el que recorre de la mano con la luna la mitología indígena, y en *Al otro lado del sueño* (París, 2011) donde despliega con más amplitud su discurso existencial y filosófico. En su poema "Día de invierno" dice:

Somos ansia de aurora y cénit
Sueño de crepúsculo encendido.
Pájaros que duermen con los ojos abiertos. (58)

María Clara Ospina presenta también un planteamiento filosófico en *Caligrafía del Viento* en el que nos sitúa ante un cuadro donde, con un guiño a "El color de las vocales" de Rimbaud,

los colores del ánimo pasan por diversas tonalidades hasta transmitir con pincelazos firmes la razón de vivir. En su poema "Extranjera" afirma su presencia anónima con símbolos como la niebla y el elemento líquido que pasa: "nadie me reclama/ soy la niebla. O, la corriente/ del río humano/ me arrastra" (82). Expresa su crítica en "Miremos las estrellas" lanzando una mirada reprobadora e interrogadora a la situación de Colombia cuando dice: "¿Tendremos futuro?" (119), y en el poema "Desplazados" señala el drama de todos aquellos que deben abandonarlo todo para salvar sus vidas.

Piedad Bonnet (1951) revela el malestar de los poetas actuales cuando dice que "al lado de un país que no termina de quitarse las amarras, las anquilosadas estructuras de un tiempo señorial, hiere un país diverso, múltiple, desgarrado entre numerosas contradicciones" ("¿Vive la poesía...?" 20). Con sus poemas del libro *Nadie en casa*, desata un discurso cargado de crítica e inconformismo. En "Cuestión de estadísticas" dice:

Fueron veintidós, dice la crónica.
Diecisiete varones, tres mujeres,
Dos niños de miradas aleladas,
Sesenta y tres disparos, cuatro credos,
Tres maldiciones hondas, apagadas,
Cuarenta y cuatro pies con sus zapatos,
Cuarenta y cuatro manos desarmadas,
Un solo miedo, un odio que crepita,
Y un millar de silencios extendiendo
Sus vendas sobre el alma mutilada. (*Nadie en casa* 34)

Para ella, "la belleza moderna es capaz de incubar tanto en la vida esplendorosa como en el dolor, en la sordidez, en la miseria" (Bonnett, 21) Este comentario ilustra aún lo que dice Isaías Peña al referirse a la "Poesía del Frente nacional" (1958-1978): "Los poetas cada día salen menos a las librerías y llegan menos a los suplementos dominicales; en cambio, cada día entran más por las rendijas de las puertas y registradoras de los buses" (Peña, 71). Y Omar Ortiz dice: "Tal vez nuestra tarea no sea el comprometernos con la belleza, sino con nosotros mismos, con la inteligencia del corazón" (231).

Paradoja de la exclusión genérica

Mientras las élites colombianas, obnubiladas por el provecho económico y el poder, ignoran el vínculo ancestral de los poetas con las tradiciones y la cultura del país, los premios literarios internacionales, como el Nobel, el Rómulo Gallegos, el Alfaguara

y más recientemente el Virginia Woolf¹³, las obligan a tener en cuenta a escritores a los que nunca hubiesen prestado la más mínima atención. Es el caso de Gabriel García Márquez, William Ospina, Juan Gabriel Vásquez, y más recientemente Pablo Montoya; y, entre las mujeres escritoras, Laura Restrepo, reconocida con cierta pereza por la inquisición política, y solamente cuando los dictaminadores del Ministerio de Cultura se ven obligados a incluir mujeres, para quedar bien, porque a la hora de representar al país en los eventos literarios internacionales, por más que se dan golpes en la cabeza no se acuerdan de ninguna. Esta realidad pudo observarse en las celebraciones del Festival Belles Latinas en el 2009, del Salón del Libro de París en el 2015, cuya invitada era Colombia, y el Año Francia-Colombia en el 2017, en las que las mujeres escritoras destacaron por su ausencia en la lista de autores invitados, transmitida, según nos dijo la agregada cultural de entonces, por las autoridades colombianas a través de la Cancillería de Colombia en París.

Pero, la doble exclusión genérica jamás había sido tan flagrante como en la celebración del Año Francia-Colombia. Las escritoras fueron ignoradas, o excluidas a propósito, y el género poético sirvió de coartada a la hora de explicar tan grosera marginación. Carolina Bustos osó lanzar en Colombia la alarma de este comportamiento anticuado y vergonzoso del Ministerio de Cultura colombiano, que echa a perder el éxito del año Francia-Colombia, con su política excluyente, machista e ignorante.

Lamenté que el primer pretexto esgrimido por los organizadores fuera que las escritoras no habían publicado lo suficiente en Francia. Cuando se les hizo observar que había numerosas escritoras que habían publicado sus libros en París, que algunas de ellas estaban allí mismo y no implicaba ningún gasto incluirlas, la respuesta fue que sus obras por ser de poesía no habían sido tomadas en cuenta. Yo me di por aludida, pues mi novela *Cuando el llanto no llega* apenas acababa de salir en Madrid. En efecto, veo que los poetas nunca son llamados a representar al país en ningún evento literario oficial, mientras los políticos colombianos tengan la decisión. La única poetisa invitada, a última hora, fue Piedad Bonnett porque no estaba lejos de París ya que había sido invitada a un evento literario en Madrid. Pero los dictaminadores encontraron necesario justificar tal invitación diciendo que "no la habían invitado como poeta", según nos explicitó Roberto Salazar, sino por su novela *Lo que no tiene nombre* (2013). Sospecho que tal vez el tema de la novela, sin leerla, les gustó pues el argumento editorial dice que la autora se presenta como una "Pietà dolorosa", por la tragedia de la muerte de su hijo Daniel de 28 años...

¹³ Cfr. Luisa Ballesteros Rosas. *Historia de Iberoamérica en las obras de sus escritoras*. Madrid: Grupo Editorial Sial Pigmalión, 2018.

Cuando estalló, con justa razón, un escándalo en Colombia –en el que observé que se involucraron organizadores, traductores, críticos, editores e incluso bibliotecarios de los dos lados del océano- apareció una fuerte divergencia entre los organizadores de Colombia y los de Francia. Constaté que se explicitaba, desde el punto de vista colombiano, que las invitaciones giraban conforme a los temas seleccionados por las editoriales francesas (conflicto armado y narcotráfico); y, desde el punto de vista francés, que la selección de los participantes dependía de las listas preparadas en el Ministerio de la Cultura colombiano. Fue entonces cuando se habló por fin de la temática de las obras de los escritores invitados, aunque no hubiesen sido publicadas en Francia. Considero que además del machismo, otras intenciones menos inocentes y puramente políticas asomaron su rostro. Pues tal evento estaba cerca, en el tiempo, de la candidatura exitosa del presidente colombiano al Nobel de la Paz, que estaba ligada a su triunfo en las elecciones para su segundo mandato, en las que, por el acuerdo de paz, pesó el apoyo de todas las guerrillas y, lógicamente, la ayuda decisiva del ex alcalde de Bogotá. Entonces, no es de extrañarse que, con mayor razón, la poesía y las mujeres estemos hoy más que nunca tan alejadas del Poder político en Colombia.

Bibliografía

Acevedo de Gómez, Josefa. *Autobiografía de doña Josefa Acevedo de Gómez, Biblioteca de Historia Nacional*. Bogotá: Imprenta Nacional, vol. VII.

Achury Valenzuela, Darío. "Estudio preliminar" en Francisca Josefa de la Concepción, *Su vida, escrita por ella misma, por mandado de sus confesores*. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos, Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la Revista Bolívar, 1956, 39-44.

Ballesteros Rosas, Luisa. *La escritora en la sociedad latinoamericana*. Cali: Programa Editorial de la Universidad del Valle, 1997 (*La femme écrivain data la société latino-américaine*. Paris: Editions l'Harmattan, 1994).

_____. *Al otro lado del sueño / De l'autre côté du rêve*. Paris : Editions l'Harmattan, 2011.

_____. *Historia de Iberoamérica en las obras de sus escritoras*. Madrid: Editorial Sial Pigmalión, 2018.

Bonnett, Piedad. "¿Vive la poesía en Colombia?", Magazín Dominicinal de *El Espectador* (1994).

_____. *Nadie en casa*. Colección Literaria 45. Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek, 1994.

Castellanos, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1910.

Foucault, Michel. *L'ordre du discours*, Paris : Gallimard, 1971.

Gómez Restrepo, Antonio. *Historia de la Literatura Colombiana*. Bogotá: Publicaciones de la Biblioteca Nacional, 1938.

_____. "Breve reseña de la literatura colombiana". *La literatura colombiana*, Bogotá: Bolívar, 1952.

_____. "Una gran escritora en la Colonia", *Revista Universidad Pontificia Bolivariana*, XXXII, 32 (1971): 347-378.

Holguín, Andrés. "Prólogo", Dora Castellanos, *Eterna huella*. Medellín: Albon-Interprint, 1968, 6-8.

Morales Borrero, María Teresa. *La Madre Castillo, su espiritualidad y su estilo*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo XXV, 1968.

Mújica, Elisa. *Sor Francisca Josefa de Castillo*. Bogotá: Procultura S. A., 1991.

Ojeda, Ana Cecilia. *De la poética de la Independencia y del origen de los sentimientos patrios*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, Colección Bicentenario, 2010.

Ortiz, Omar. «Poesía y Poder en Colombia», *Memorias*, T. I, *Segundo Congreso de poesía en lengua española desde la perspectiva del siglo XXI*, Nubia Estela Cubillo Ramírez (Dir.). Bogotá: Imprenta patriótica del Instituto Caro y Cuervo, 2003. 217-231.

Peña, Isaías. *Ensayos y contraseñas de la Literatura colombiana (1967-1997)*. Bogotá: Universidad Central, 2002.

Ricœur, Paul. «Narratividad, fenomenología y hermenéutica», *Análisis* 25 (2000): 189-207.

Rojas Herazo, Héctor. «Boceto para una interpretación de Luis Carlos López» *Conversaciones desde la Soledad*, 1 (enero-marzo 2001).

Valencia Castillo, Guillermo, *Obras completas*. Madrid: Editorial Aguilar, 1948.

Vergara y Vergara, José María. *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1867.

Vinciguerra, M. J.. "Relaciones culturales entre Francia y Colombia", *Boletín cultural y bibliográfico*, Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, X, 2 (1967): 283-289.